

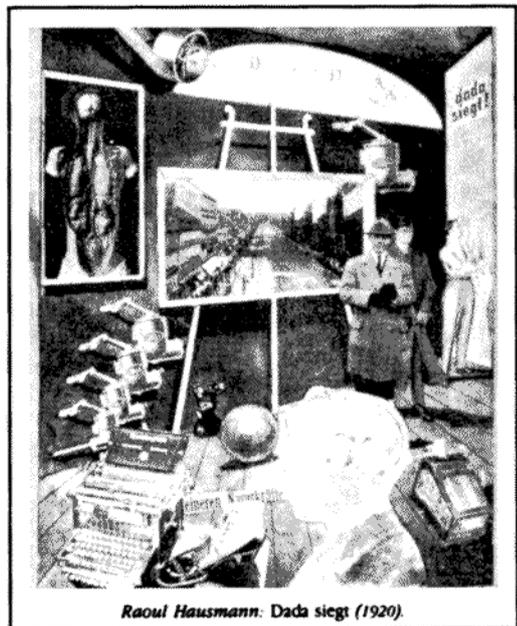
## LA NATURALEZA DE LAWRENCE

TRADUCCIÓN DE EURÍDICE AGUIRRE

**M**E PARECE ESPECIALMENTE DIFÍCIL TOMAR UNA POSICIÓN CLARA ante el último libro de D.H. Lawrence. No hay duda de que en el sentido estricto del término *El amante de Lady Chatterley* es una novela pornográfica. Pero no veo que el autor despliegue nunca esa complacencia innoble frente al lector y, para decirlo claramente, esa alcahuetería que permite situar sin duda una obra fuera de la literatura propiamente dicha. En general, el lector está casi siempre ausente de lo que podemos llamar el campo visual de Lawrence; esto está escrito verdaderamente para sí mismo, porque un demonio incoercible y arisco lo obliga; y apenas sé de novelistas, en este momento, a quienes pueda rendirse homenaje semejante. Mientras en la mayor parte de sus obras anteriores, pienso por ejemplo en *Women in Love* y en *Aaron's Rod*, el autor aparecía como víctima de una suerte de erotismo continuo apenas transpuesto, en *El amante de Lady Chatterley* revela un estado de placentera satisfacción y de una especie de alivio fálico. Me disculpo por usar semejante palabra, pero es la única que aquí conviene, y sé convencerían enseguida si me atreviera a reproducir los pasajes más significativos de esta extraña novela. Nada más curioso que compararla con cierto reciente libro francés, que evidentemente debe en buena medida su éxito a motivos extraliterarios. Mientras el escritor francés, tratando un asunto escabroso, se complace en erigir un pequeño kiosko cuyo espíritu evoca las tabernas de los balnearios de aguas termales, las fuentes radiactivas en el libro de Lawrence estallan en pleno aire con un ímpetu provocador. Ninguna abstracción, ninguna precaución, ninguna interposición; los escarceos a los que se entrega Lady Constance Chatterley con su amante el guardabosques Oliver Mellors son descritos con una precisión apasionada. Uno se pregunta cuál sería la reacción del público francés si conociera ese extraordinario testimonio, uno de los más crudos y, me atrevo a decirlo, uno de los más ingenuos que se hayan dado sobre el amor físico. La ausencia de libertinaje y perversidad es tal en ese libro que nos desarma más aún de lo que nos intimida. Uno está tentado a decirse, una vez que lo ha cerrado, que después de todo era precisamente así como el asunto debía ser tratado y que las perífrasis hipócritas que abarrotan nuestra literatura amorosa deben considerarse parte de un erotismo senil y degradado. Es innecesario disimular la fuerza de los prejuicios sociales a los que responde esa circunspección, ese constante recurso a la alusión y la metáfora; pero yo admito a Lawrence por su libertad y quizá estemos tanto más inclinados a elogiarlo cuanto más inclinados estemos a protestar contra el "sexualismo" verdaderamente

obsesivo que pesa sobre la novela contemporánea. El medio más eficaz de combatir esa idea fija es quizá desgarrar los velos y llamar a las cosas por su nombre. Quizás. No estoy seguro; y no tomaría gustoso la responsabilidad de hacer traducir *El amante de Lady Chatterley*...

De lo que no hay duda es del injusto trato que se le ha dado a Lawrence hasta el presente en Francia; no es conocido aún más que por algunos poemas y una larga *nouvelle*, el *Renard*, que no es de sus obras más significativas. Una traducción de *La serpiente emplumada* está en preparación, me dicen, pero hará falta conocer también las novelas no exóticas, a pesar de sus flagrantes y a veces abrumadores defectos. Y precisamente porque éstos me molestan personalmente, respiro con dificultad en la atmósfera tensa y saturada de vapores cáusticos donde evolucionan los personajes, por lo que afirmo gustosamente que Lawrence es hoy uno de los temperamentos más poderosos, originales e incomprensibles de la literatura europea.



Raoul Hausmann: Dada siegt (1920).